

y hermano del demócrata Godofredo Cavaignac, y que siendo también partidario firme de la república, y al propio tiempo militar perito y hombre enérgico, era la mejor garantía a la vez para el partido republicano y para el monárquico. A la mañana siguiente se presentaron muchos diputados a la junta ejecutiva para obligarla a dimitir, a lo cual se resistió, para no ser después calificada de cobarde, hasta que la asamblea hubo declarado la ciudad en estado de sitio y entregado el poder supremo al general Cavaignac.

La mañana del día 23 encontró a los insurrectos y a las tropas leales firmes en sus puestos. El palacio del ayuntamiento estuvo por un instante en peligro de caer en manos de los sublevados; pero el general Duvivier, que había reemplazado en el mando al general Bedeau, herido, no solamente se mantuvo firme en su puesto sino que logró también ponerse en contacto con Lamoricière que paso a paso había adelantado hasta el Chateau d'Eau. Damesme, en la orilla izquierda del Sena, tomó por asalto el Panteon y la plaza de Maubert, en cuya acción cayó este general mortalmente herido; su victoria cambió la situación, dando una ventaja decisiva a las fuerzas del gobierno sobre la insurrección.

El primer uso que hizo Cavaignac de su dictadura fué ordenar, de acuerdo con el presidente de la asamblea, Senard, la clausura de los clubs, la prohibición de once periódicos, la disolución de las legiones rebeldes de la guardia nacional y el desarme de los individuos de la misma que no se habían presentado a la lista. La asamblea votó otros tres millones de francos para ser repartidos a las familias menesterosas y publicó un manifiesto en el cual desmintió las acusaciones que los enemigos del orden habían divulgado intencionadamente, de las crueldades cometidas por el gobierno en las personas de los prisioneros y vencidos. No faltaron diputados valientes y patriotas que se encargaron de llevar personalmente las disposiciones conciliadoras de la asamblea a los sublevados, pero encontraron oídos sordos entre los que se habían hecho fuertes en el laberinto de casas y calles estrechas que entonces existía a espaldas del palacio del ayuntamiento. Estos y otros continuaron la lucha con el valor de la desesperación, porque ya no tenían esperanzas de vencer. Allí recibió una herida mortal el general Duvivier; su sucesor, el general Negrier, murió en la plaza de la Bastilla, donde fué empeñadísima la lucha y donde alcanzó también una bala mortal al mensajero de paz, el arzobispo de París, Affre. En el extremo del arrabal de San Marcelo, donde se habían hecho fuertes los últimos restos de la insurrección, para pelear no ya por la república y el socialismo sino como fieras, para matar y robar, acabó la lucha con un crimen inicuo cuyas víctimas fueron el general Brea y su ayudante, que cayeron en manos de una turba sedienta de sangre, en la plaza de Italia, al querer convencer a los sublevados amistosamente de la inutilidad de continuar la lucha. Ambos murieron después de tres horas de tormentos crueles.

El día 26 los rebeldes, rodeados por todas partes, se vieron obligados a rendirse. Jamás ha podido saberse el número de bajas, ni por un lado ni por otro, que causó esta espantosa batalla, ni jamás se ha sabido quiénes la dirigieron por parte de los rebeldes. Las bajas de la guardia móvil se fijaron en 200 muertos y 592 heridos; las de la tropa regular en 800 muertos, entre ellos tres generales, y 1,500 heridos, y las de los insurgentes se estimaron en 3,000. Los prisioneros hechos pasaron de 12,000, de los cuales 6,374 fueron puestos luego en libertad, y como el número de los que quedaron era todavía demasiado crecido para formar los correspondientes cuarteles en regla, dispuso la asamblea que todos los cogidos

con las armas en la mano fuesen deportados a expensas del Estado a una colonia francesa, exceptuando la Argelia. Solo los jefes y principales instigadores fueron llevados ante los consejos de guerra. Muchos de estos últimos fueron, por gracia especial, deportados a Lambesa, en Argelia, y solo quedaron finalmente los que ya habían sufrido anteriormente alguna condena por delitos comunes. Únicamente dos, los asesinos del general Brea, sufrieron la pena de muerte.

El 27 del mismo mes de junio, una vez sofocada la insurrección, depuso Cavaignac sus poderes en manos de la asamblea nacional, que se los devolvió al instante, nombrándole presidente del consejo de la república con el derecho de elegir sus ministros.

CAPITULO II

LA REVOLUCION EN ALEMANIA

La impresión que produjo en los pueblos de Europa la revolución francesa que destruyó a Luis Felipe, fué muchísimo mas violenta que la de la revolución que elevó a este príncipe al trono de Francia. La palabra república fué como el rayo que conmovió hasta a aquellos pueblos que gozaban ya constituciones liberales y volvió a recordar su condición servil histórica a los que aletargados yacían todavía encadenados a las plantas de sus amos y dueños. En Bélgica ahogó el rey la vibración republicana en su origen declarando voluntariamente que, si la nación lo pedía, estaba pronto a abdicar, a lo cual le contestó el pueblo conmovido que continuase rigiendo sus destinos como hasta allí. En Suiza, el cantón de Neuchâtel sacudió la soberanía del rey de Prusia; en el mediodía de España hubo conatos de insurrecciones republicanas y en Madrid hasta llegó a haber una empeñada lucha en las calles; en Londres la clase media con su varonil resistencia sofocó una inmensa manifestación cartista; la Irlanda volvió a levantarse, pero fué vencida y los jefes del movimiento, O'Brien y Meagher, fueron deportados por toda su vida. En Suecia, el rey Oscar juzgó prudente conceder reformas antes que las pidiese el pueblo a la fuerza, pero aun así hubo algunos desórdenes. Hasta en los principados danubianos entraron los pueblos en fermentación, y en Alemania é Italia la noticia de lo ocurrido en París decidió del porvenir político de los dos pueblos, en busca todavía de libertad y de unión nacional.

Los soberanos alemanes no temiendo ningún movimiento liberal de sus súbditos, y no dudando que podrían sofocar fácilmente cualquiera asonada, en último caso con algunas concesiones inocentes que ya tenían mas ó menos pensadas, y cuando no, con el auxilio armado mútuo, no se cuidaron de semejante contingencia y solo pensaban en la posibilidad de verse atacados por la Francia si el gobierno de esta nación encontraba plausible echar mano de este recurso para despejar la atmósfera en el interior. El rey de Prusia temblaba por sus provincias rhinianas, y trató de inducir a la Inglaterra, la Rusia y el Austria a coaligarse para defender contra toda agresión de parte de los franceses a la Bélgica y a sus propias provincias del Rin; pero Palmerston se hizo el desentendido y el rey entonces nombró a su hermano, el actual emperador de Alemania, general en jefe de las fuerzas que hizo concentrar a orillas de aquel río. Al saberlo las poblaciones se espantaron y las autoridades suplicaron encarecidamente al rey que revocara la orden para librar a aquellas provincias del dominio del príncipe, temido por su carácter enérgico y riguroso. El rey por esta vez atendió a las observaciones de sus súbditos para no excitar en aquellos mo-

mentos su descontento y facilitar su inteligencia con la Francia. Al propio tiempo envió en 2 de marzo al general Radowitz a la corte de Viena para asegurarse siquiera el apoyo de esta potencia, y efectivamente, ambas publicaron en 15 de marzo, en un manifiesto común, su resolución de rechazar unidas toda violencia de los tratados y todo desorden en el interior de sus Estados, invitando al mismo tiempo a todos los soberanos alemanes a un congreso que se reuniría en Dresde, el 25 de marzo, para acordar lo que conviniera hacer en determinadas circunstancias. Al mismo tiempo Federico Guillermo IV recabó del gobierno imperial que juntos propusieran a la dieta federal alemana una revisión notable del pacto federal creando al lado del consejo una asamblea federal compuesta de diputados de los brazos de los diferentes Estados, que se reunirían por lo regular cada año durante tres meses.

Los temores de una guerra extranjera cedieron sin embargo a los de la conservación de la paz en el interior. En el Sudoeste de Alemania, donde los sentimientos liberales han sido siempre, desde tiempo remoto, mas comprendidos que en todo el resto de la confederación, fué también donde esta vez se despertó primero el liberalismo, y el pueblo concibió una idea clara de lo que le faltaba y de la manera de conseguirlo. En dos grandes asambleas populares que se reunieron en Mannheim y Stuttgart resumieron sus deseos en los cuatro puntos siguientes: Libertad de la prensa, jurado, guardia nacional y parlamento alemán. Los soberanos de Baden y de Wurtemberg prometieron sin dificultad hacer estas concesiones, pero por desgracia movióse también el espíritu de imitación y pronto se formó un partido poco numeroso, por tratarse en el fondo de una cosa que pocos comprendían, que quiso copiar los sucesos ocurridos en Francia hasta en sus menores detalles sin atender a circunstancias ni condiciones. El jefe de este grupo fué el abogado Struve, de Mannheim, y un tal Hecker su apóstol propagandista. Este partido arrancó al gobierno atemorizado y a la cámara de Baden algunas nuevas concesiones. Contra estas exageraciones que todo lo podían comprometer, levantáronse algunos hombres de inteligencia que creían también llegado el momento de arrancar a los soberanos concesiones en consonancia con la cultura moderna, pero dentro de límites prudentes y realizables. En este sentido propuso Gagern ya en 28 de febrero en la segunda cámara de Darmstadt, presentar al gran duque una petición suplicándole se dignara procurar en cuanto pudiese que la dieta federal, en atención a las circunstancias amenazadoras y mientras durasen, fijara su atención en la manera de proveer mas eficazmente a la seguridad exterior é interior de Alemania, confiando la dirección de la política extranjera de la confederación, la organización del ejército y el armamento del pueblo (creación de la guardia nacional) a un gobierno cuyo ministro fuera responsable al jefe interino de Alemania y a la nación. Este jefe debía tener el poder ejecutivo y ejercer el legislativo, incluso la fijación de impuestos, de acuerdo con el consejo de soberanos y un consejo popular imitando en lo posible las formas representativas, y finalmente que la representación popular fuese convocada siempre que se nombrara un nuevo jefe del imperio germánico. Hay que añadir que detrás de este sistema, que debía patrocinar la dieta, petrificada é impotente, figuraba en la mente del autor la Prusia y su rey como jefe del poder ejecutivo federal. Otros proyectos irrealizables por el estilo salieron a la superficie, preconizados naturalmente por doctos con título universitario, sin que influyeran en nada en la marcha de los acontecimientos.

El rey de Prusia seguía en su resistencia a toda concesión

a pesar de las instancias de su ministro, y hasta a pesar de los consejos del heredero presunto de la corona, su hermano Guillermo; lo único que este obtuvo fué que el rey condescendiera en hacer periódicas las reuniones de los Estados provinciales como corporación consultiva, y en excitar a la dieta federal a que despachara el asunto relativo a la libertad de cada Estado confederado para suprimir ó establecer la censura previa en sus dominios.

El consejo ó dieta federal dió, con general asombro, una señal evidente de vida, si bien arrancada por el miedo, manifestando en 1.º de marzo no al oído sino solemne y públicamente «que era preciso elevar a la Alemania al puesto que le correspondía entre las naciones europeas, y que a este fin solo se podía llegar por el camino de la concordia, del progreso legal y del desarrollo regular.» Dos días después dejó a la voluntad de cada Estado de la confederación el suprimir ó conservar la censura, y el 8 de mayo, habiéndose ya ausentado algunos de los representantes mas reaccionarios, reconoció la necesidad de una revisión del pacto federal y hasta llegó a nombrar una comisión para que diese su dictamen sin dilación sobre este punto. El día 9 determinó que el águila imperial constituiría el escudo, y los colores de las asociaciones escolares, negro, encarnado y amarillo, serían los de la confederación alemana, y el día 10 invitó a todos los gobiernos alemanes a delegar por cada uno de los 17 votos que el pacto reconocía a la dieta, una persona de su confianza para asesorar a la dieta en la revisión del pacto federal. Estas concesiones de la dieta de Francfort, lo mismo que las concesiones del rey de Prusia y de algunos otros soberanos alemanes, no podían ya satisfacer a los hombres liberales de acción, ni la frase del rey Luis de Baviera, que en momentos de apuro «se gloriaba de ser alemán,» ni otras frases lisonjeras de los demás soberanos, llegaron ya a entusiasmar a los verdaderos patriotas. El rey Luis abdicó a favor de su hijo Maximiliano II por no firmar la orden de prisión contra su amada Lola Montes para el caso de que volviera a pisar el territorio bávaro. Allí donde los gobiernos, como en Wurtemberg, Sajonia, Darmstadt y Baden, concedieron mas libertad a la prensa, el derecho de reunión, y algunos hasta guardia cívica, lo hicieron bajo la impresión del pánico del momento, y los liberales exaltados se sirvieron de estas concesiones como niños traviosos, excitando en algunas ocasiones excesos brutales del populacho, ignorante y rudo. Los unos pedían libertad a su manera, otros unidad nacional, y entre todos armaron una confusión que hizo presagiar al mas míope de los diplomáticos alemanes un fin próximo y ridículo de aquel entusiasmo infantil.

No llegó a reunirse el congreso de soberanos alemanes, pero los gobiernos de Nassau y Darmstadt, convencidos de la ineptitud del de Austria para la jefatura de Alemania, enviaron agentes diplomáticos a todas las cortes germánicas para disponerlas a poner este alto cargo en manos del soberano de Prusia por ser el que ofrecía mas garantías, antes de que se improvisase y organizase un parlamento alemán. El rey de Wurtemberg accedió desde luego a estos deseos, pero con la condición de que el rey de Prusia concediese previamente a sus súbditos los mismos derechos constitucionales que gozaban los súbditos de los Estados del Sudoeste de Alemania. El gobierno bávaro no se decidió hasta el 15 de marzo, a causa de una crisis ministerial; el rey de Sajonia se adhirió también a la idea, mas antes de llegar los citados diplomáticos a Berlín habían ocurrido allí sucesos que cambiaron completamente el estado de las cosas.

Al saberse en la capital de Prusia la agitación producida en el Mediodía de Alemania por la revolución francesa y la proclamación de la república, se conmovió también aquella